

FUNDACIÓN IDEAS PARA LA PAZ



Desde adentro

Número 3 / Abril de 2006

Las niñas del Norte

Por Kevin García

El techo de su casa es un entramado blandengue de guaduas agrietadas sobre paredes de bareque -una mezcla de adobe y estiércol de res- que se desmoronan a la vista. Una humedad que nace desde el baño y se extiende hasta los muros de la sala parece ser la causa del deterioro. Mercedes¹ esconde las grietas con fotos de sus hijas mayores, afiches, muñecos de trapo y hojas de papel. En cualquier momento la casa podría colapsar, pero a Mercedes parece no importarle. Tiene una angustia mayor.

Juguetea nerviosamente con una descocida manilla tricolor que le regalaron. Es bajita y robusta y se recoge el pelo en una cola agreste. A pesar de tener puesto un camisón "para estar en la casa", grandes gotas de sudor nacen de su frente y de sus manos. Vive en Cartago, un municipio caliente y seco del Norte del Valle, cuna de las poderosas mafias narcotraficantes del Cartel del Norte.

Detrás de su casa, el sol se esconde sobre la silueta de la Loma de la Virgen, un barrio de casas apretujadas y callejones angostos, interminables y azarosos donde se reúnen en las noches compradores y vendedores de marihuana, basuco y cocaína, formando una densa estela de humo con cigarrillos que se mueven como luciérnagas.

Como muchas mujeres de Cartago, Mercedes habla con miedo. Cada palabra suya sale como un hilo suave, pese a que estamos solos en la casa. Ahora al menos puede hablar de las desapariciones; antes sólo lloraba y caminaba como loca por las calles de Cartago hasta que se encontraba el carro de la Fiscalía que carga los cadáveres y caía desmayada.

En diciembre de 2003 Doris y Gina, sus dos hijas mayores de 18 y 16 años, salieron de su casa y nunca más regresaron. Con ellas se inició una ola de desapariciones y asesinatos que desató toda clase de especulaciones. Primero se pensó que las niñas habían sido vendidas al extranjero. Pero luego algunos comentaron en voz baja que detrás de las desapariciones estaban las venganzas entre sicarios al servicio del Cartel del Norte del Valle.

Cuando arrancó la persecución contra los jefes del Cartel, se desató el infierno entre los mandos medios. Empezaron a exterminarse entre sí por el control de las zonas que dejaban los capos muertos o capturados. Conformaban sus propias bandas de sicarios y perseguían a sus enemigos sin cuartel. Y en la guerra entre bandas, las primeras en caer eran las novias de los rivales.

En los mismos días que desaparecieron Doris y Gina se perdió Lucero Castro, otra joven de 15 años. La encontró la propia Mercedes mientras buscaba a sus hijas, violada y asesinada en una colina a la salida del pueblo.

Mis hijas desaparecieron como si las hubiese tragado la tierra. Sin ninguna razón.

La única certeza es que la desaparición coincidió con las masacres del narcotráfico, que se ha expandido como un cáncer entre la piel de los habitantes. Atrae a los jóvenes por el dinero fácil y repele a los viejos por el olor de sangre y plomo que ha regado en las calles.

Mercedes retira de las paredes agrietadas las fotos de Doris y Gina y las sujeta fuerte. Doris sonrío ante la

cámara, luce en su cabeza un gorro azul y en su cuerpo la toga del mismo color que correspondía a su título de bachiller. Se ve radiante y llena de vida, era la hija mayor y la de facciones más finas. Pronto pensaba iniciar un curso de sistemas en el Sena para conseguir un empleo y ayudar a su familia.

En la otra foto está Gina de medio cuerpo, con una blusa verde, más trigueña y menos sonriente que Doris. Meses después de la desaparición le dijeron a Mercedes que una camioneta había abordado a Doris y que Gina había pedido que la llevaran también, para estar la lado de su hermana. Nunca más regresaron.

Yo pensaba que en cualquier momento me iban a llamar para decirme que habían encontrado a mis hijas asesinadas, o violadas, no comía, no dormía, pensando qué les habría pasado.

Un día alguien le dijo que dejara el caso quieto, porque de pronto le podía pasar algo peor a su familia. Se aisló del mundo y perdió muchos kilos; Amalia y Nancy, sus hijas menores, por varios meses dejaron de salir a la calle. Todas iniciaron un tratamiento psiquiátrico, hasta que Mercedes suspendió el consumo de pastas porque sentía que le hacía más daño y la mantenía sedada.

Un día intentó lanzarse desde el Viaducto de Pereira para acabar con su vida, pero un policía alcanzó a sujetarla. Hoy lo agradece, porque aún está viva para cuidar a sus dos hijas y para *"esperar que Doris y Gina algún día aparezcan con vida"*.

Como Mercedes, muchas mujeres en Cartago sufren el dolor de no saber qué pasó con sus hijas, que desaparecen sin rastro. Otras saben que sus seres queridos están entre los 220 asesinados que ingresaron a Medicina Legal en 2005.

Una vez al mes, la Diócesis de Cartago organiza un misa en el interior del Cementerio Diocesano, el mayor de los siete que tiene Cartago. (Hay también un cementerio de los evangélicos, otro de los conductores, y uno de la Sociedad de Auxilio Mutuo, pobladores que pagan mensualidades para cubrir los gastos funerarios de los familiares que lleguen a morir.) Los visitantes llegan al cementerio con ramos de hojas blancas y amarillas y se distribuyen a lo largo de callejones angostos donde reposan, en pequeños compartimentos, los restos de las víctimas. Cada cuatro años se retiran los restos y las fosas se alquilan de nuevo; y aun así, las fosas en Cartago no dan abasto.

Antes de que inicie la misa, los visitantes revisan las fosas, quitan el ramo viejo y ponen el nuevo. Son en su mayoría mujeres, algunas acompañadas de sus padres e hijos. Luego inician un susurro de oraciones en coro: *"Oh divino niño, consuelo de los cristianos, tú que sabes de mis pesares, pues todos te los confío, pongo en tus benditas manos la paz de los turbados y alivio al corazón mío"*.

Al atardecer, Mercedes sale del parque y camina lentamente hasta su casa. Luego sirve tres platos de arroz con pastas y come con sus dos hijas menores, sentadas sobre una cama.

***Notas**

¹ Los nombres fueron cambiados para proteger la identidad de las personas.